

MERCADOS, HISTORIA Y TELEOLOGÍA: REFLEXIONES DESDE LA NOCIÓN DE «DOBLE MOVIMIENTO» DE KARL POLANYI

JORGE POLO BLANCO

Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL), Guayaquil, Ecuador

RESUMEN

En el presente trabajo mostraremos que la filosofía liberal operó en muchas ocasiones a través de un esquema teleológico, desde el cual entendía que la espontaneidad del movimiento histórico conducía de forma natural hacia una economía de mercados libres. Semejante interpretación tenía que presuponer otra controvertida tesis, a saber, que las categorías que informan la racionalidad práctica dentro de una sociedad de mercado no son una simple contingencia histórica, sino que responden a la estructura lógica de cualquier acción humana; esto es, como si *toda* acción humana, en cualquier tiempo y lugar, hubiese funcionado a través de una misma lógica inmutable que coincidía, en lo esencial, con la racionalidad típica de una economía de mercado. Para adentrarnos críticamente en esta problemática utilizaremos la obra de Karl Polanyi, cuya obra se oponía frontalmente a estas dos tesis manejadas por el liberalismo económico.

Palabras clave: «doble movimiento», economía de mercado, Von Mises, Polanyi, teleología histórica.

ABSTRACT

MARKETS, HISTORY AND TELEOLOGY: REFLECTIONS THROUGH KARL POLANYI'S NOTION OF «DOUBLE MOVEMENT». In the present paper we will demonstrate how liberal philosophy often operated through a teleological scheme, in which it considered that the spontaneity of the historical movement naturally headed towards a free market economy. A similar interpretation also had to posit another controversial theory: namely, that the categories informing practical rationality inside a market society are not simply historical contingency, but instead respond to the logical structure of any form of human action; that is to say, as though *all* human action, anytime and anywhere, would have worked through the same immutable logic that essentially coincided with the characteristic rationality in a market economy. To delve critically deeper into these problems we will turn to the work of Karl Polanyi, which directly opposed these two theories driven by economic liberalism.

Keywords: «double movement», historical teleology, market economy, Von Mises, Polanyi.

1. MERCADO, COMERCIO Y DINERO NO SIEMPRE CONSTITUYERON UNA TRÍADA INDISOLUBLE

Pretendemos, en primer lugar, esbozar una crítica de cierta «filosofía de la historia» esgrimida por el liberalismo económico, porque en esta cuestión se ventilan cuestiones muy determinantes. Y para ello debemos considerar, en primer lugar, cuál ha sido el lugar que los mercados han ocupado a lo largo de la historia. En las comunidades humanas arcaicas y en las civilizaciones antiguas (donde los mercados, si existían, eran parciales, periféricos o fragmentarios) la obtención del sustento material del grupo se organizaba a través de relaciones en las que se entrelazaban normatividades culturales y dispositivos sociales que nada tenían que ver con la operatividad propia de una moderna economía de mercado. Si existían prácticas mercantiles, se hallaban constreñidas por multitud de tabúes y reglas consuetudinarias.¹ Eran sociedades donde los «elementos de mercado», en caso de existir, mostraban un estatus subordinado, esto es, *no emancipado*. Únicamente en las modernas sociedades industriales –he aquí el núcleo del asunto– encontraremos una esfera económica separada y escindida. Karl Polanyi, heterodoxo historiador e indisciplinado antropólogo de la economía, dedicó todas sus energías intelectuales a desentrañar las causas y los profundos efectos de este traumático proceso histórico-cultural.² Pudo mostrar, a través de múltiples estudios, el «diferente lugar» que lo económico había ido ocupando a lo largo de la historia de las civilizaciones humanas, y en base a ello pudo colegir que sobre muchas de ellas ni siquiera podría decirse con verosimilitud que *lo económico* estuviese en un lugar propiamente visible y delimitado; es decir, no existía nada parecido a una esfera económica funcional y simbólicamente *separada* de las demás esferas sociales. La aparición de una sociedad sometida, en cuerpo y alma, a un sistema de mercado omnipotente (e institucionalmente emancipado del resto de dispositivos que configuran el tejido social) constituyó una revolución antropológica sin precedentes.³ Sólo en la segunda mitad del siglo XVIII, y más eminentemente en el XIX, empezará a concebirse como posibilidad histórica real, y como ideal normativo deseable, una sociedad enteramente sujeta o engarzada a un omnímodo mecanismo de mercado. Y ya a finales del siglo XX y comienzos del XXI podemos hablar de una cruda y descarnada «tiranía» de los mercados.⁴

1 Dalton 1971.

2 Maucourant 2006.

3 Polanyi 2003: 121.

4 Polo Blanco 2015b.

Resulta de notable importancia, enfatiza Polanyi, distinguir entre el mercado como *lugar* y el mercado como *mecanismo* de oferta-demanda-precio ya que, en efecto, no todos los mercados en el primer sentido implican un mecanismo de esa naturaleza. «Un mercado está al alcance de los arqueólogos, pero un mecanismo de mercado está más allá del alcance de la mejor piqueta». ⁵ Los mercados como emplazamientos para el intercambio de bienes son una realidad social mucho más antigua que la sociedad capitalista, pero conviene comprender de forma muy nítida la *no identificación* necesaria del mercado entendido como ese enclave físico en el que se producen movimientos e intercambios de bienes y un *sistema de mercado* en el que los precios fluctúan en función del libre juego de la oferta y la demanda. «Evidentemente, el mercado como *lugar* fue anterior a cualquier *mecanismo* competitivo del tipo oferta-demanda». ⁶ Destacar esa diferencia no es cuestión baladí, porque hablamos de dos realidades muy distintas que no tienen por qué solaparse. Es más, su solapamiento es un fenómeno histórico inédito y relativamente reciente.

Podemos, nosotros los modernos, encontrar serias dificultades a la hora de comprender que la organización del aprovisionamiento vital (la obtención del sustento material de un grupo humano) se ha cumplido en múltiples ocasiones a través de instituciones que ejecutaban *a su vez* otro tipo de prácticas sociales ajenas por completo a la lógica de la maximización de resultados. Pero lo económico, si así cabe llamarlo cuando hablamos de sociedades que no quedan institucionalmente articuladas por un sistema de mercado (esto es, en la práctica totalidad de las sociedades humanas que en la historia han tenido lugar), se realiza en otros lugares enteramente distintos; lugares que, por cierto, nunca son percibidos o concebidos como propiamente económicos. ⁷ Y, si desde un preconceito economicista (uno de los grandes prejuicios de la modernidad, del que bebieron por igual muchas versiones del marxismo y del liberalismo económico), pretendiéramos identificar en tales sociedades (premodernas, preindustriales o precapitalistas) un quehacer *exclusivamente* económico, diferenciado de otras esferas de actividad, si tal cosa pretendiéramos, sólo podría hacerse a través de una artificiosa separación y asilamiento de aquello que, de suyo, se hallaba entrelazado con otros mimbres culturales y con otros dispositivos sociales no económicos. «El término “vida económica” carece aquí de un significado claro». ⁸ Sólo los hombres modernos, por ende,

5 Polanyi 1994: 206.

6 Polanyi 1994: 206.

7 Mauss 1991: 157.

8 Polanyi 1976b: 117.

han podido imaginar y experimentar en su práctica diaria una actividad *específicamente* económica.⁹

Polanyi intentará deshacer la verosimilitud de un determinado constructo teórico que él denomina «tríada cataláctica», a saber, esa figura analítica en la cual tres elementos diversos aparecen correlacionados de una manera sistemática e insoluble: comercio, dinero y mercado. Es decir, un sistema en el que dichos elementos no podrían subsistir de manera aislada, pues el despliegue de cada uno de ellos implicaría necesariamente la existencia inmediata de los otros dos, de tal forma que no podría prescindirse de cualquiera de ellos sin destruir con ello la unidad funcional del conjunto. Pero es aquí donde incide la crítica polanyiana, toda vez que la articulación de comercio, dinero y mercado en una misma institucionalidad *no* puede encontrarse en ninguna sociedad distinta a la moderna sociedad capitalista. Semejante tríada nunca había formado, hasta la llegada inédita de la moderna economía de mercado, un sistema unitario. Desde el punto de vista de los datos etnográficos, históricos y arqueológicos de que disponemos no hay ningún indicio que nos permita sospechar que dichos elementos hayan funcionado de una manera plenamente integrada, con anterioridad a la sociedad de mercado. Es cierto que en muchos momentos coexistieron diferentes formas de comercio, diversas fórmulas mercantiles y variados usos del dinero, pero siempre lo habían hecho de forma independiente, desligada y, además, bajo la forma de una subordinación a múltiples instituciones que nada tenían que ver con la idiosincrasia propia de un sistema de mercado.¹⁰

Uno de los principales objetivos teóricos de Polanyi, por lo tanto, consistió en deshacer el gran equívoco que supone considerar comercio, dinero y mercado como realidades indisolublemente unidas, tanto desde un punto de vista lógico-sistemático como histórico-empírico.¹¹ En efecto, la historia económica empírica nos muestra la *no correlación* necesaria de tales elementos. Por el contrario, la teoría económica ortodoxa querría ver esa unidad triádica como dada desde siempre en la historia de la humanidad, ignorando dogmáticamente el estudio institucional comparado de las distintas formas de integración económica observadas en el muestrario proporcionado por la etnografía y la historia económica de las civilizaciones arcaicas.¹² La posición polanyiana, como decíamos, advierte que los tres elementos tienen desde un punto de vista

9 Dumont 1999.

10 Polanyi 1976c.

11 Polanyi 1994: 155.

12 Dalton 1976: 179-207.

histórico-empírico orígenes distintos, ya que su integración correlativa e institucional sólo empieza a darse (de forma inédita y radicalmente novedosa) en un momento muy reciente, a saber, en la moderna sociedad de mercado.¹³ Aquello que los teóricos liberales quisieran entender como inextricablemente vinculado en todo tiempo y lugar *sólo* se ha dado íntegramente unido en la moderna economía de mercado, a través del mecanismo oferta-demanda-precios. Una integración o correlación, en definitiva, que debe comprenderse en su naturaleza radicalmente *contingente* para concluir, consiguientemente, que no siempre tuvo lugar; muy al contrario, la vinculación sistemática de comercio, dinero y mercado supone una revolución institucional sin precedentes.

Polanyi, por lo tanto, quería deshacer la pretendida evidencia de dicha construcción, y por ello advertía que allí donde estuviéramos en presencia de alguna forma de intercambio de bienes no deberíamos inferir, de manera inmediata y automática, que estaba operando un mecanismo de mercado competitivo y formador de precios. Tal argumentación estaría fundamentada en una notable falencia. «En el sentido institucional, el término “mercado” no presupone necesariamente un mecanismo oferta-demanda-precio».¹⁴ Un mercado guiado por precios fluctuantes es sólo una de las muchas formas institucionales que puede adoptar el intercambio de bienes. Por lo tanto, el intercambio puede llevarse a cabo, y de hecho así fue en casi todos los mercados arcaicos y antiguos, a través de mercados institucionalizados de una manera completamente distinta, esto es, a través de mercados que no funcionaban mediante la libre formación de precios fluctuantes. Dichos mercados no competitivos estarían vertebrados por una normatividad ajena al objetivo del regateo y la máxima ganancia, tratándose de un movimiento de bienes dirigido para otros fines y por otras pautas consuetudinarias.¹⁵

De igual modo, el «comercio mercantil» es sólo una de las formas posibles de comercio. La imbricación del comercio en un sistema de oferta-demanda-precio, dice Polanyi, es una contingencia histórica que en absoluto puede entenderse como una integración que siempre estuvo dada en todo tiempo histórico. No existe, en definitiva, una forma universal de comercio.¹⁶ Muy al contrario, la organización del comercio, tal como puede testarse en las comunidades arcaicas o en los imperios antiguos, dista mucho de ser un comercio

13 Polanyi 1994: 157.

14 Polanyi 1994: 207.

15 Pearson 1976.

16 Cangiani y Maucourant 2008a.

organizado mercantilmente. Lo que pudiéramos denominar “industria” o “comercio” en la época arcaica, e incluso bastante después, resultará ser algo muy distinto de las actividades que en la modernidad se designarán con esas expresiones.¹⁷ Como podemos apreciar, Polanyi entiende que el comercio orientado al mercado ha de ser comprendido sólo como una de las formas histórico-institucionales en que tal actividad humana milenaria puede ser organizada; por lo mismo, y contraviniendo el «prejuicio modernizante» de la teoría económica liberal, el comercio mercantil no es la forma natural-universal de comercio.¹⁸

En cualquier caso, y es a donde queríamos arribar, Polanyi nos advertía contra una explicación de corte teleológico que pretendía ver en el comercio mercantil la forma eterna y arquetípica de todo comercio; como si, además, tal forma pretendidamente universal (y *natural*) de comercio siempre hubiera estado «pujando» por abrirse paso en la historia, hasta poder culminar en su forma última y perfecta: el comercio mercantil moderno.

Una vez más debemos evitar la tentación teleológica [...] Porque, ¿no estaba destinado el comercio a ser atrapado en la red del mecanismo de mercado? Y, una vez fijado el vínculo definitivo, ¿no era simplemente una cuestión de tiempo hasta que el tejido irrompible del comercio de mercado envolviera toda la economía? [...] La teleología, como siempre, crearía una especie de euforia que haría al investigador confiar en que la obra del tiempo y las circunstancias evolucionan hacia el inevitable resultado.¹⁹

La conjunción histórico-institucional del comercio y los mecanismos del «libre mercado» es, de hecho, un fenómeno exótico y reciente en la historia económica de las sociedades humanas. Y, por otro lado, debe constatarse que han existido sociedades en las cuales se usaban distintas monedas para distintas finalidades o, lo que es lo mismo, sociedades en las que no existía un objeto representado universalmente como moneda que pudiera ser usado como tal en *cualquier* contexto social. El dinero homogéneamente mercantilizado, en suma, es una realidad muy moderna.²⁰ Esta problemática, desde luego, requeriría de una «fenomenología del dinero», en la que no podemos adentrarnos por cuestiones de espacio. En ese sentido, sería pertinente trazar

17 De Sainte Croix 1988: 159.

18 Cangiani y Maucourant 2008b.

19 Polanyi 1994: 218.

20 Polanyi 2012a.

una discusión en torno a la ontología y las funciones del dinero, estudiando por ejemplo la visión del «monetarismo», que entendería la moneda como una invención del cálculo racional dirigida a reducir los costos de transacción inherentes a los intercambios, como contrapuesta a otra visión, la keynesiana, que comprendería la moneda como una institución social anterior al intercambio de mercado.²¹

Polanyi, de igual modo, señalaba una suerte de prohibición universal —en el mundo primitivo o arcaico— del regateo destinado a la ganancia con los alimentos u otros bienes primordiales para la vida comunitaria.²² El intercambio a precios fijos, contrariamente al intercambio basado en precios fluctuantes, no está encaminado a la maximización utilitaria individual, esto es, no es un intercambio cuya aspiración última esté informada por un objetivo de obtener mediante dicha transacción la máxima ganancia posible. En aquellos mundos primitivos —excútese el empleo heurístico de este lenguaje decimonónico y colonial— unos precios fijados por la costumbre o la tradición, o unas equivalencias establecidas socialmente, impedían que el intercambio derivase hacia una situación en la que la optimización unilateral de una de las partes se realizase a expensas de la otra.²³ Y si es cierto que en sociedades arcaicas o neolíticas aparece el trueque será éste, en su estructura última, enteramente distinto al tipo de intercambio dado en las modernas sociedades mercantiles o capitalistas; y será enteramente distinto porque el tejido institucional estará organizado de una manera completamente diferente. Porque, en definitiva, no todo intercambio de bienes ha sido siempre ejecutado a través de un mecanismo institucional en el que comercio, dinero y mercado funcionaran como elementos perfectamente acompasados e integrados.

Karl Polanyi insiste en el hecho de que la existencia de mercados en sociedades arcaicas o antiguas no garantiza, *prima facie*, que estemos en presencia (ni siquiera bajo una forma potencial o embrionaria) de una economía de mercado en sentido moderno. De lo que se trata, precisamente, es de desactivar esa implicación automática:

La presencia o ausencia de mercados o de dinero no afecta necesariamente al sistema económico de una sociedad primitiva: esto refuta el mito decimonónico de que el dinero fue una invención cuya aparición transformó inevitablemente a una sociedad creando mercados, acelerando el paso de la

21 González Guardiola y Monserrat Molas 2017.

22 Polanyi 1994: 151.

23 Polanyi 1976d: 300.

división del trabajo, y liberando la propensión natural del hombre a trocar, pagar en especie e intercambiar. En efecto, la historia económica ortodoxa se basaba en una concepción inmensamente exagerada de la importancia de los mercados como tales.²⁴

En las sociedades preindustriales pudieron darse ciertas formas de mercado que convivan, sin embargo, con otras formas de integración socioeconómica (la reciprocidad o la redistribución, principalmente). Por lo cual, deducir una lógica mercantil análoga a la moderna por la simple presencia de algunos mercados sectoriales más o menos importantes es un procedimiento ilegítimo, como el que llevaron a cabo muchos historiadores al postular una suerte de «capitalismo antiguo». El mercado de tipo capitalista no puede erigirse en un principio trascendental a toda economía humana posible, esto es, no puede proponerse como una categoría eterna capaz de dar cuenta de *toda* la historia socioeconómica de la humanidad.

Ciertamente, semejantes discusiones (que cristalizarán, dentro del campo disciplinar de la antropología económica, en el famoso debate entre «formalistas» y «substantivistas») tenían un claro antecedente en el debate decimonónico entre «primitivistas» y «modernistas». En 1867 se publicó un controvertido libro titulado *La vida económica en la antigüedad clásica*, de Karl Rodbertus.²⁵ Este texto se hizo famoso por su «teorema del oikos», que venía a afirmar, en esencia, que antes de la revolución industrial la humanidad no había conocido las instituciones que generalmente se relacionan con el mecanismo del mercado: el dinero, la ganancia económica o el comercio. Rodbertus señalaba, además, que las economías del pasado eran completamente autárquicas y desconocedoras de la comercialización de unos excedentes que hubieran sido producidos, de manera anticipada, para la venta. También Karl Bücher, en la misma estela, aseveraba en 1893 que ni el dinero ni el mercado tenían ningún significado en las sociedades del largo pasado premoderno.²⁶ A la postura de Bücher y Rodbertus se le acabó denominando «primitivista», puesto que lo que pretendía connotarse con semejante rótulo era, en efecto, que este grupo de teóricos afirmaban que las economías arcaicas o antiguas nada tenían que ver con un tipo de economía mercantil, esto es, que dichas economías constituían una *radical otredad* con respecto al tipo de economía desarrollado en la era moderna.

24 Polanyi 2003: 107.

25 Rodbertus 1899.

26 Bücher 1893.

En absoluta oposición a estos dos teóricos, Eduard Meyer, durante el «Tercer encuentro de historiadores en Frankfurt» (1895), afirmó que «la antigüedad fue esencialmente moderna», toda vez que el mercado y el comercio resultaron ser de fundamental importancia en aquellas sociedades. A la actitud de Meyer se le conoció como «modernizadora», una postura a la que se enfrentaría abiertamente Karl Polanyi, aunque sin recaer —y esto es muy importante— en el «teorema del oikos». La «actitud modernizadora» de algunos historiadores de la Antigüedad, que eran capaces de conceptualizar la vida económica de Babilonia o de la Atenas clásica a través de parámetros mercantiles modernos, se encontraba de forma eminente en las obras del mencionado Eduard Meyer y en las de Rostovtzeff, que tendían a identificar inmediatamente la existencia de comercio y de dinero con un sistema de mercado moderno.²⁷ Polanyi, como ya hemos señalado, rechazará semejante ecuación automática pues, contrariamente a lo que creían estos historiadores modernizadores de la Antigüedad, la presencia de comercio y mercados no implicaba, de manera tautológica, la existencia de un sistema proto-capitalista ni constituían formas embrionarias de capitalismo.²⁸ Sin embargo, y contrariamente a los primitivistas, entenderá que tampoco se puede afirmar que en las economías antiguas hubiera una *ausencia absoluta* de toda forma de comercio, dinero o mercado, ya que disponemos de claras evidencias de la presencia de distintas formas de aquellos. Otra cosa bien distinta es, como venimos remarcando con énfasis polanyiano, que estos elementos no apareciesen ligados en un sistema económico análogo al moderno. Moses I. Finley, eminente historiador de la vida socioeconómica de la Antigüedad, se haría eco —ya en 1973— de las principales tesis de Polanyi, a la hora de negar la interpretación modernizadora de la economía en las sociedades antiguas.²⁹ Y diremos, por último, que la controversia entre Carl Menger y la Escuela Histórica (o historicista) de Economía (que tuvo en Gustav von Schmoller a uno de sus principales exponentes) supuso otro antecedente intelectual de toda la problemática dibujada por Karl Polanyi. Pasó a ser conocida en la historia de las ciencias sociales como la «polémica de la Methodenstreit», aunque por cuestiones de espacio no podemos explicitarla. Una polémica acerca del método de la teoría económica que, sin embargo, escondía profundas implicaciones que excedían lo puramente metodológico.³⁰

27 Rostovtzeff 1967; Meyer 1983.

28 Polanyi 1976a: 64.

29 Finley 1978: 20-21.

30 Menger 2006.

2. CONTRA LA TENTACIÓN TELEOLÓGICA: EL SISTEMA DE MERCADO NO ES LA ESPONTANEIDAD DEL DESARROLLO HISTÓRICO

Lo que Thomas Kuhn supuso para los estudios de historia de la ciencia, tal vez lo hubiera de suponer Karl Polanyi para la historia de los sistemas económicos. En efecto, los esquemas de corte lineal-acumulativo, en los cuales los estadios superiores incluyen dentro de sí a los estadios precedentes, fueron puestos en solfa por la «revolución historicista», si así cabe llamarla, llevada a término por los filósofos de la ciencia de nuevo cuño que venían a despedazar toda concepción positivista de la historia del conocimiento científico. Lo que la mencionada revolución vino a mostrar, dicho de la forma más sucinta posible, es que todo cambio paradigmático en la historia de las ciencias suponía un salto cualitativo, una radical ruptura con todos los marcos epistémicos y axiológicos precedentes, todo lo cual producía un efecto de irreductible inconmensurabilidad entre los dos mundos que quedaban a ambos lados del *antes* y el *después* de la mutación del paradigma.³¹ En ese sentido, la obra de Karl Polanyi habría traído consigo una revuelta teórica análoga, pero aplicada a la comprensión de la historia socioeconómica. Comprendió, en efecto, que el eje de la historiografía liberal basculaba en torno a una concepción que ni podía ni quería trascender el esquema evolucionista decimonónico. «La historia de la humanidad y el lugar que en ella ocupa la economía, no es, como pensaban los evolucionistas, una secuencia de crecimiento inconsciente y de continuidad orgánica».³² En esta crucial matización metodológica Polanyi prefigura una línea de investigación que renuncia a entender y explicar la historia de las instituciones económicas al modo de un progreso gradual, esto es, como si se tratase del creciente *despliegue* de unas potencias que siempre estuvieron incoadas en los estadios más primitivos de la vida cultural humana, y que con el paso de los siglos no hubieran hecho más que perfeccionarse y actualizarse. Por el contrario, la *ruptura* emerge como elemento explicativo cardinal e irrenunciable en la propuesta polanyiana; porque se trata, en suma, de la emergencia insólita de un *todo* radicalmente distinto.³³

Sólo cuando, en un momento dado de la historia de las sociedades occidentales, empieza a funcionar un mercado capaz de organizar y coordinar prácticamente todos y cada uno de los elementos de la vida social humana,

31 Kuhn 1977.

32 Polanyi 1994: 70.

33 Lahera Sánchez 1999: 27-54.

sólo entonces, podemos decir que estamos en presencia de un sistema de mercado.³⁴ Pero este «gran mercado» ha de ser apreciado en su cualidad radicalmente extemporánea, considerando su forma traumática de aparición en la historia de las sociedades modernas. En efecto, el papel de la violencia en el establecimiento e introducción de un sistema de mercados autorregulados es algo que Polanyi tiene muy presente en todo momento a la hora de polemizar con los teóricos del liberalismo económico,³⁵ haciéndonos comprender con ello la *no espontaneidad* del surgimiento de la economía de mercado, esto es, la índole radicalmente disruptiva de ese surgimiento. Friedrich von Hayek, enemigo teórico de Polanyi, sostenía una tesis absolutamente opuesta, a saber, que los mercados modernos constituyen un caso paradigmático de lo que él denominaba «órdenes espontáneos», esto es, una de esas instituciones que emergen de forma evolutiva, natural y espontánea cuando las fuerzas de la historia han dispuesto de un tiempo lo suficientemente dilatado.³⁶

Para poder situar en sus justos términos el problema que estamos tratando de desentrañar, y apreciar así su decisiva importancia, hemos de entender a qué se estaba enfrentando exactamente Polanyi. Y para comprender esto último es ineludible estudiar las propuestas de Ludwig von Mises, conspicuo miembro de la escuela austriaca de economía, toda vez que éste se oponía explícitamente a todos aquéllos que pudieran afirmar que el capitalismo no es más que una forma socioeconómica histórica y contingente.

Otros afirmaron que el capitalismo hubiera podido evitarse a la humanidad, de haber sido las gentes moralmente más perfectas, lo que les hubiera inducido a adoptar mejores sistemas económicos. Todos los aludidos idearios tienen un rasgo común: contemplan el capitalismo como si se tratara de un fenómeno accidental que cupiera suprimir sin acabar al tiempo con realidades imprescindibles para el desarrollo del pensamiento y la acción del hombre civilizado. [...] La economía de mercado es un modo de actuar, bajo el signo de la división del trabajo, que el hombre ha ingeniado. De tal aserto, sin embargo, no sería lícito inferir que estamos ante un sistema puramente accidental y artificial, sustituible sin más por otro cualquiera. La economía de mercado es fruto de dilatada evolución. El hombre, en su incansable afán por acomodar la propia actuación, del modo más perfecto posible, a las inalterables circunstancias del medio ambiente, logró al fin

34 Polanyi 2003: 122.

35 Polanyi 2003: 205.

36 Hayek 1990.

descubrir la apuntada salida. La economía de mercado es la táctica que ha permitido al hombre prosperar triunfalmente desde el primitivo salvajismo hasta alcanzar la actual condición civilizada.³⁷

Casi podría deducirse, a tenor de lo aseverado en este pasaje, que el progresivo descubrimiento o desenvolvimiento de la economía de mercado fue un factor coadyuvante del proceso mismo de la hominización. Lo que el teórico austriaco trataba de mostrar, manejando premisas diametralmente opuestas a las de Karl Polanyi, es que la historia no es un lugar al que podamos acudir para testar la contingencia del capitalismo, pues éste, lejos de ser un entramado institucional específico, surgido en una época concreta y en un lugar determinado, constituye más bien una lógica de *toda* acción humana posible; una lógica que no se reduciría a un campo de actividades materiales yuxtapuestas a otras actividades regidas por otros parámetros distintos, sino una lógica inmutable que lo sería de *toda* acción humana concebible, fueran cuales fuesen los contenidos de dichas acciones.³⁸

La tesis fuerte del austriaco rezaba que el capitalismo anida en la estructura interna de la acción humana, pues responde a principios universales y eternos de la praxis humana que han estado presentes desde el albor de los tiempos. Para Mises resulta absurdo, en ese sentido, argumentar que el capitalismo surgió hace sólo doscientos años y que es, por ende, un régimen histórico contingente.³⁹ Porque, a su juicio, era posible construir una «teoría general de la acción humana», descubriendo un aspecto economizador que —formalmente— habría venido operando en *toda* acción humana concebible, fuera cual fuese el contenido material de ésta.⁴⁰ Éste es, por cierto, el núcleo teórico de todos los «antropólogos formalistas», los cuales vendrían a sostener que los conceptos elaborados por la teoría económica ortodoxa (incluido el comportamiento guiado por la lógica de la maximización de ganancias) son perfectamente válidos para dar cuenta de la vida económica de sociedades premodernas. Desde tal perspectiva, no habría rupturas sincrónicas, cualitativas o de tipo entre los diferentes sistemas económicos que en la historia de las sociedades humanas han emergido pues, a lo sumo, se trataría de meras diferencias de grado de una misma *forma* de comportamiento económico que habría persistido y *subyacido* en toda la evolución histórica de la especie

37 Mises 1974: 409.

38 Mises 1986.

39 Mises 1974: 410.

40 Kirzner 1998.

humana, con absoluta independencia de las diversas institucionalizaciones socioeconómicas que de hecho han ido produciéndose.⁴¹

Los «antropólogos substantivistas», en la estela de Polanyi, discutieron frontalmente todas esas tesis,⁴² señalando que es la racionalidad del comportamiento individual la que se ajusta a la normatividad de las instituciones.⁴³ Y esos entramados institucionales no siempre han predeterminado una norma de acción social basada en la maximización de las ganancias personales; es más, casi nunca lo han hecho. Esa racionalidad subjetiva exclusivamente movilizadora por patrones de ininterrumpida maximización de la propia utilidad, adscrita por parte de los modelos económicos de la ortodoxia liberal a la compulsión inevitable y «natural» de cualquier sujeto humano en todo tiempo y lugar, es una tesis empíricamente falsa y normativamente delirante, a juicio de Polanyi y de los antropólogos substantivistas.⁴⁴ En ese sentido, ni la lógica del máximo rendimiento habría sido siempre la norma rectora de toda sociedad humana ni las «posibilidades productivas» habrían sido siempre explotadas y desarrolladas al máximo de su capacidad objetiva; el productivismo es una rareza etnográfica, una realidad esencialmente moderna.⁴⁵ Por lo tanto, se trataba de deshacer la construida equivalencia entre «economía de mercado» y «economía humana en general», la gran *falacia económica* que denunciara Polanyi.⁴⁶

Acudiendo a la etnografía, por lo tanto, se puede documentar la imposibilidad de postular la existencia universal de una «racionalidad maximizadora», siempre alerta para detectar oportunidades de obtener beneficios en todas las circunstancias posibles de la vida social. En ese sentido, lo que desde una óptica mercantil moderna pudiera aparecer como una clara oportunidad de obtener rentabilidad a través de, por ejemplo, una astuta venta de excedentes, en las determinadas y concretas coordenadas de otra comunidad humana —no vertebrada por una economía de mercado— dicha «oportunidad» ni siquiera era «vista» por los miembros de dicha comunidad. Como señalaron Dalton y Bohannan en su estudio *Markets in Africa*, en la estela de Polanyi, el ganado no se concebía para la «venta provechosa» porque ni siquiera aparecía, en la conciencia de los nativos, la noción de «excedente» tal y como nosotros

41 Firth 1974; Burling 1976: 101-123.

42 Kaplan 1976: 208-232.

43 Elias 1990.

44 Polo Blanco 2014a: 47-62.

45 Sahlins 1977.

46 Polanyi 1976d.

la entendemos.⁴⁷ Los recursos, en semejantes contextos, no se calibran en función de su abundancia o escasez relativa a un mercado al que se acude a vender. Y este fenómeno se produce no porque la economía de mercado aparezca en estas sociedades en su forma imperfecta y embrionaria, sino porque la *matriz institucional* dentro de la cual se organiza su vida material es otra, ajena a la economía de mercado; una matriz institucional no «evolutivamente atrasada» con respecto a la economía de mercado, sino inconmensurable con la misma.

Podría concluirse que Mises encontraba capitalismo, germinal y embrionariamente, en toda la historia pretérita de la humanidad. En realidad, desde la perspectiva del vienés, el capitalismo constituiría algo así como la «economía natural» del *Homo sapiens*, esto es, una racionalidad económica que habría estado abriéndose paso con el proceso mismo de la antropogénesis. «Los economistas siempre advirtieron que la economía de mercado es fruto engendrado por un largo proceso histórico que se inicia cuando la raza humana emerge de entre las filas de otros primates».⁴⁸ La historiografía liberal, así, se creería capaz de encontrar una misma forma de racionalidad práctica en todas las civilizaciones humanas del pasado, rastreando el origen de esa forma de economización en las lindes mismas de las primeras formas de especialización del trabajo de los grupos humanos prehistóricos. Una forma de racionalidad práctica que, desde ese prisma, aparecería como la lógica profunda e insoslayable de toda acción humana posible. He ahí, precisamente, uno de los pilares básicos de la concepción liberal a los que Polanyi se opondrá con mayor rotundidad.⁴⁹

La moderna economía de mercado, entendida desde ese prejuicio teleológico, emergería en tanto que punto álgido o «culminación ya perfecta» de un proceso histórico que siempre apuntó, en sus sucesivas etapas evolutivas, precisamente hacia el desarrollo pleno y acabado de dicha economía, la cual aparece de este modo como el prototipo de toda economía humana.⁵⁰ Y es a partir del solipsismo de un «hombre económico maximizador» como se llega a una suerte de concepción teleológica de la historia en la que las «fuerzas del mercado» bregan por abrirse camino, como si el pleno desarrollo —o despliegue— de dichas fuerzas mercantiles fuese la tendencia implícita y espontánea de todo el curso de la historia humana.

47 Dalton y Bohannon 2008: 261-286.

48 Mises 1974: 411.

49 Prieto 1996: 23-34.

50 Rendueles 2009, 2014.

La acción económica, se suponía, era «natural» al hombre y por tanto autoexplicativa. Los hombres harían trueques a menos que se les prohibiera, y así surgirían los mercados a no ser que se hiciera algo por evitarlo. El comercio empezaría a fluir, como si fuese provocado por la fuerza de la gravedad, y crearía fuentes de bienes, organizadas en mercados, a menos que los gobiernos conspiraran para detener el flujo y drenar los fondos. A medida que se agilizara el intercambio el dinero haría su aparición y todas las cosas se verían arrastradas al molino de los intercambios, a menos que algunos moralistas anticuados lanzaran su grito contra el lucro o los tiranos ignorantes devaluaran la moneda.⁵¹

El trueque arcaico y la mundialización contemporánea del mercado capitalista estarían vinculados por un mismo hilo conductor, jamás quebrado o interrumpido.

En nuestra era es prácticamente irresistible la tentación de considerar la economía de mercado como la meta natural del desarrollo occidental durante tres mil años. En cuanto a instituciones tales como los mercados locales de alimentos [...] el pensamiento occidental sólo es capaz de concebirlas como los humildes orígenes que dieron lugar a la economía mundial de la edad moderna. Nada podría ser más erróneo. [...] Para salvar ese escollo teleológico [...] lo más apropiado parece ser el enfoque institucional.⁵²

Lo que Polanyi está sosteniendo es, en última instancia, que a la hora de estudiar e interpretar la historia de las formaciones socioeconómicas no estamos legitimados para emplear el modelo del mercado autorregulado como categoría ideal y arquetípica a partir de la cual examinar todas las economías premodernas.⁵³ Y si se incurre en tal error, solamente se hará en calidad de mistificación ideológica.

Algunos apologetas del liberalismo económico habían construido una narrativa imaginaria del origen del sistema de mercado, trazando una secuencia que partiría del primitivo trueque para, en una posterior evolución teleológica, concluir espontánea y naturalmente en el intercambio económico de tipo capitalista.

51 Polanyi 1994: 87.

52 Polanyi 1994: 206.

53 Block 1991.

Podría parecer natural suponer que, dados los actos de trueque individuales, a través del tiempo conducirían al desarrollo de mercados locales, y que tales mercados, una vez establecidos, conducirían naturalmente al establecimiento de mercados internos o nacionales. Pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro. Los actos individuales de trueque o intercambio no conducen por regla general al establecimiento de mercados en las sociedades donde prevalecen otros principios del comportamiento económico. Tales actos son comunes en casi todos los tipos de la sociedad primitiva, pero se consideran incidentales porque no proveen los bienes de subsistencia. En los vastos sistemas de redistribución de la Antigüedad, los actos de trueque y los mercados locales constituían un aspecto habitual pero subordinado. Lo mismo se aplica cuando rige la reciprocidad. [...] Los factores limitantes surgen de todos los puntos del abanico sociológico; la costumbre y el derecho, la religión y la magia contribuyen igualmente al resultado: la restricción de los actos de intercambio respecto de personas y objetos, tiempo y ocasión. Por regla general, quien trueca realiza simplemente un tipo de transacción establecido en el que están dados los objetos y sus cantidades equivalentes.⁵⁴

La médula de toda la filosofía liberal de la historia consistía en entender el trueque primitivo como el *antecedente lógico-histórico* del intercambio mercantil moderno. Polanyi se empeñó con ahínco en deconstruir esa filosofía de la historia, según la cual todo el pasado de las sociedades humanas constituiría únicamente una prehistoria evolutiva de lo que finalmente habría de desplegarse en el Occidente euro-atlántico, a saber, un mercado autorregulado que habría logrado despojarse, finalmente, de todas las rémoras culturales que impedían el desenvolvimiento de la institución humana por excelencia.

Las condiciones institucionales de aquel primitivo trueque, que jugaba un papel restringido y subordinado dentro de la urdimbre social, no constituyen el «estadio primigenio» de un mismo proceso evolutivo que concluyó y se desplegó finalmente —en toda su explícita actualización— con la llegada de la moderna sociedad capitalista. Las motivaciones culturales subyacentes y la estructura institucional de aquel trueque muy poco tienen que ver con las dadas en el moderno intercambio operado dentro de un sistema de mercado formador de precios; y la relación entre ambos no está conectada evolutivamente, pues hablamos de condiciones histórico-institucionales enteramente distintas, inconmensurables, que han ido emergiendo a través de inéditas rupturas y mutaciones históricas. En ese sentido, no puede establecerse una

54 Polanyi 2003: 110.

secuencia lógico-evolutiva entre ese trueque —supuestamente motivado por el anhelo de ganancia a través de la transacción— y la aparición de los mercados locales, aunque semejante secuencia ha sido «elegantemente» establecida por la concepción liberal. «Adam Smith introdujo los métodos de negocio en las cavernas del hombre primitivo, proyectando su famosa propensión al trueque, permuta e intercambio, hasta los jardines del Paraíso». ⁵⁵ De la dogmática liberal, en efecto, se podía deducir que el intercambio mercantil orientado a maximizar las propias ganancias era una fuerza natural y espontánea que siempre había estado latentemente operativa en cualquier contexto de la historia humana, como si de una pulsión prístina e indestructible de la condición humana se tratara; una pulsión que, por lo demás, siempre habría estado pujando para abrirse hueco a través de todos los meandros de las civilizaciones humanas. Polanyi era muy explícito al respecto, y proponía la siguiente imagen: «La transformación de la economía anterior en este sistema nuevo es tan completa que se asemeja más a la metamorfosis de la oruga que a cualquier alteración que pueda expresarse en términos de un crecimiento y un desarrollo continuos». ⁵⁶ Se oponía frontalmente, en definitiva, a toda concepción evolucionista y teleológica de la historia humana.

3. LA POTENCIA EXPLICATIVA DEL «DOBLE MOVIMIENTO».

EL DRAMA DE UNA CIVILIZACIÓN ENTREGADA AL SISTEMA DE MERCADO

La noción de «doble movimiento» es de una importancia capital a la hora de aprehender la médula de la interpretación polanyiana de los procesos históricos constitutivos de las modernas sociedades industriales. ⁵⁷ En efecto, los desarrollos institucionales vertebrados en torno al mecanismo de los mercados formadores de precios, que cada vez fueron organizando de una manera más extensiva e intensiva todos los resortes de la vida social, fueron contrarrestados o, al menos, ralentizados por efecto de distintas fuerzas que se oponían de un modo u otro, y con mayor o menor consciencia, a dichos procesos de mercantilización exhaustiva.

La historia del siglo XIX fue así el resultado de un movimiento doble: la extensión de la organización del mercado en lo referente a las mercancías genuinas se vio acompañada por su restricción en lo referente a las mercan-

55 Polanyi 1994: 80.

56 Polanyi 2003: 90.

57 Maertens 2008: 129-153.

cías ficticias. Mientras que los mercados crecieron por toda la faz del globo y la cantidad de los bienes involucrados creció hasta alcanzar proporciones increíbles, una red de medidas y políticas se integraba en instituciones poderosas, destinadas a frenar la acción del mercado en relación con la mano de obra, la tierra y el dinero [que son, precisamente, las tres «mercancías ficticias» tematizadas por Polanyi] Mientras que la organización de los mercados mundiales de mercancías, los mercados mundiales de capital y los mercados mundiales de dinero daban un impulso nunca antes visto al mecanismo de los mercados bajo la égida del patrón oro, surgía al mismo tiempo un movimiento profundamente arraigado para resistir los perniciosos efectos de una economía controlada por el mercado. La sociedad se protegía contra los peligros inherentes a un sistema de mercado autorregulado.⁵⁸

La sociedad, en el preciso momento en el que el mecanismo del mercado empezaba a extender su dominio y su radio de acción hasta el nervio mismo de la comunidad humana, tuvo que inventar dispositivos y configurar instituciones que restringían precisamente ese avance irrestricto de la mercantilización.⁵⁹

Sin duda que el acercamiento de Polanyi al problema de las mercancías se hace desde unos postulados muy cercanos al «sentido común», siendo éste precisamente uno de los aspectos que el antropólogo marxista Maurice Godelier le reprochará más vivamente.⁶⁰ Polanyi condensa así su posición: «Se definen aquí empíricamente las mercancías como objetos producidos para su venta en el mercado; los mercados se definen también empíricamente como contactos efectivos entre compradores y vendedores».⁶¹ Semejante aproximación empírica intentaba desbaratar ciertos apriorismos teoreticistas, enfatizando una perspectiva histórica de largo recorrido que nos permitiera llegar a comprender que solamente en un momento dado, y bajo las condiciones impuestas por unos artefactos institucionales determinados, aspectos que antes no habían sido tratados o determinados como mercancías pudieran empezar a serlo. Recordemos la tesis polanyiana fundamental que explicitábamos más arriba, a saber, que a lo largo de la historia de las sociedades humanas no siempre todas las cosas habían sido tratadas como mercancías; y mucho menos los seres humanos lo habían sido.

58 Polanyi 2003: 127.

59 Dale 2010.

60 Godelier 1976a: 279-333.

61 Polanyi 2003: 122.

La moderna sociedad industrial ejecutó una brutal transición histórico-cultural por medio de la cual se crearon las insólitas condiciones institucionales dentro de las cuales algunos elementos, por primera vez en la singladura de la especie humana, empezaron a ser tratados como mercancías. «El paso crucial fue que la tierra y el trabajo se convirtieron en mercancías, es decir, se trataron *como si* hubieran sido creados para la venta. Por supuesto, no eran realmente mercancías, ya que no habían sido producidas (como la tierra), y de ser así, no podían estar en venta (como el trabajo)». ⁶² Sin embargo, a renglón seguido admite que ese *como si* consiguió realmente cristalizar en una efectiva mercantilización de la tierra y del trabajo (y del dinero), acontecimiento verdaderamente cismático y socialmente traumático. Polanyi, en suma, tiene que reconocer casi de inmediato la terrible eficacia de esa insólita ficción.

Sin embargo, jamás se concibió una ficción más efectiva en una sociedad, porque la tierra y el trabajo se compraban y vendían libremente, y se les aplicaba el mecanismo de mercado. Había oferta y demanda de trabajo; oferta y demanda de tierra. Por lo tanto, había precios de mercado para utilizar la mano de obra, los salarios, y un precio de mercado para el uso de la tierra, la renta. El trabajo y la tierra eran ofrecidos en sus propios mercados, similares a los de las mismas mercancías que se producían con su intervención. ⁶³

El trabajo humano y la naturaleza aparecían ahora insertados e inscritos en el mecanismo del libre mercado, adquiriendo de tal forma un precio y operando como una mercancía más. La conmoción antropológica de semejante novedad será de largo alcance, porque hemos de notar que no siempre las cosas fueron puras mercancías que circulaban como tal en un circuito de valor cerrado y homogéneo. ⁶⁴ Felipe Martínez Marzoa, utilizando una jerga heideggeriana de la que ahora no podemos hacernos cargo, señalaba cómo dentro de la sociedad capitalista todas las cosas, precisamente en tanto que cosas, han de aparecer bajo la forma-mercancía, pues ésta y no otra es la condición trascendental del *aparecer mismo*; lo que no es mercancía, *no puede* aparecer. La mercancía se erige en límite ontológico, y es por ello que la moderna sociedad de mercado bien podría ser descrita desde esa perspectiva como aquel proceso por el que la mercancía pasa a erigirse en el *ser de todo lo ente*: la mercan-

62 Polanyi 1994: 82.

63 Polanyi 1994: 82.

64 Kopytoff 1991: 89.

cía se convierte en el principio constitutivo de todo lo óptico, se transforma en la determinación estructural de todo *lo que es en cuanto que es*, y «de la determinación de lo ente como mercancía se siguen todas las categorías de la sociedad moderna».⁶⁵ Esta lectura ontológica, ensayada por Marzoa, nos puede servir para recalcar esa fundamental diferencia sincrónica que existe entre la moderna sociedad capitalista y toda otra sociedad.

En cualquier caso, todo este proceso comportaba a ojos de Karl Polanyi una tremenda revolución, un desbaratamiento de los cimientos de la comunidad humana, pues ahora la sustancia misma del hombre era depositada en la dinámica de un mecanismo ciego dentro del cual se determinaba su valor y su precio. Y con ello no sólo se determinaba su derecho o no a pervivir, sino que se configuraba un determinado modo de existencia culturalmente desarraigado y despojado. El ser social del hombre era colonizado violentamente, en todas sus facetas, por la legalidad inherente al sistema de mercado. Las palabras del historiador húngaro son, en este aspecto, poderosas y dramáticas:

El verdadero alcance de este paso sólo se puede estimar si recordamos que el trabajo es otra forma de llamar al hombre, así como la tierra es sinónimo de naturaleza. La ficción mercantil puso el destino del hombre y de la naturaleza en manos de un autómatas que controlaba sus circuitos y gobernaba según sus propias leyes. Este instrumento de bienestar material estaba controlado exclusivamente por los incentivos del hambre y las ganancias o, dicho con más exactitud, el temor a carecer de lo necesario en la vida, o la esperanza de obtener beneficios. Con tal de que los desposeídos pudieran satisfacer su necesidad de alimento vendiendo primero su trabajo en el mercado, y con tal de que los propietarios pudieran comprar al precio más barato y vender al más caro, el molino ciego producía cada vez más mercancías para beneficio de la raza humana. El temor al hambre del obrero y el deseo de ganancia del patrón mantenían el mecanismo continuamente en funcionamiento.⁶⁶

Este nuevo mecanismo institucional, cual «molino satánico»,⁶⁷ destejía viejas normatividades societarias y descomponía antiguos modos de organización laboral, y por primera vez en la historia el sustento de todo hombre dependía en última instancia de su habilidad o fortuna a la hora de vender su

65 Marzoa 1983: 36.

66 Polanyi 1994: 83.

67 Polanyi 2003: 81.

abstracta «capacidad de trabajar» en un mercado laboral que tal vez se hallara vacío de demanda. Y eso suponía, en suma, que la participación en la vida material y simbólica de la sociedad (en la producción de bienes, pero también en la distribución y disfrute de los mismos) dependía de un mecanismo incontrolable de precios fluctuantes; pues, en efecto, la propia fuerza laboral era tratada como una mercancía más, sujeta a las fluctuaciones mercantiles.

Debemos decir que los planteamientos polanyianos no remiten a una presunta esencia humana desnaturalizada por la economía de mercado; semejante posición lo ubicaría en las coordenadas del «romanticismo anticapitalista». También Polanyi, por otro lado, habría aceptado que aquel «como si» (esto es, tratar a los seres humanos y a la naturaleza misma «como si fueran mercancías») supondrá siempre una relación social e institucional que no reside en la materialidad ínsita del objeto en cuestión. Pero Polanyi, tal vez sólo con pretensiones heurísticas, trataba de resaltar lo *inédito* del «como si» mercantil. En efecto, nunca antes el hombre y la naturaleza habían sido tratados en su práctica integridad como si fueran mercancías destinadas a la compraventa. Tal vez, ciertamente, el apelativo de mercancías «artificiales» o «ficticias» no fuera el más adecuado desde un punto de vista retórico, toda vez que podría dar lugar, como así ha sido, a interpretaciones románticas del pensamiento de Polanyi. Pero, en cualquier caso, la perspectiva polanyiana quiere incidir antes que nada en la incommensurable novedad, etnográfica e histórica, que representa un sistema económico en el que todo el trabajo y todo el uso/disfrute de las cosas producidas, así como todos los lazos comunitarios que se entretajan entre estas dos vivencias (sin olvidar la totalidad del entorno natural), son integrados en un mercado autorregulado y formador de precios. La contundente eficacia de esa «ficción», la gran ficción de la utopía liberal,⁶⁸ desembocó en una civilización que sólo podía crecer y expandirse al ritmo que marcaba la exhaustiva mercantilización de todas las formas de vida.

Polanyi partía de una premisa crucial, a saber, que la implantación de un mercado de mano de obra enteramente *libre* suponía una profunda dislocación social, un quebranto de la norma antropológica que había regido en prácticamente todas las sociedades históricas estudiadas y conocidas. «La sociedad del siglo XVIII se resistió inconscientemente a todo intento de convertirse en un mero apéndice del mercado».⁶⁹ Esa oposición a la mercantilización del trabajo humano cuajaba en distintos lugares del orden social; y en un primer momento, las inercias «anti-mercado» provenían del paternalismo de las

68 Rosanvallon 2006: 6.

69 Polanyi 2003: 128.

fuerzas conservadoras y reaccionarias, que querían mantener su preeminencia dentro de un orden social que ya empezaba a desmoronarse.⁷⁰ Posteriormente, la oposición creció de la mano de un movimiento sindical más o menos organizado y también, evidentemente, a través de una resistencia de las capas populares que, a pesar de no estar todavía organizadas en estructuras sindicales, en muchos aspectos se resistían a aceptar las consecuencias de la implantación del «mecanismo de mercado» en sus formas de vida.⁷¹

En ese sentido, el historiador E. P. Thompson, es su imprescindible y clásica obra *Costumbres en común*, aparecida en 1971, nos proponía casi un oxímoron a la hora de comprender la resistencia popular y consuetudinaria a los procesos de secularización mercantil:

De aquí una de las paradojas características del siglo: tenemos una cultura tradicional *rebelde*. No pocas veces, la cultura conservadora de la plebe se resiste, en nombre de la costumbre, a las racionalizaciones e innovaciones económicas (tales como el cercamiento de tierras, la disciplina de trabajo, los mercados de grano «libres» y no regulados) que pretenden imponer los gobernantes, los comerciantes o los patronos. La innovación es más evidente en la cúspide de la sociedad que en sus capas inferiores, pero, dado que esta innovación no es ningún proceso tecnológico-sociológico sin normas y neutral («modernización», «racionalización»), sino que es la innovación del proceso capitalista, la mayoría de las veces la plebe la experimenta bajo la forma de la explotación, o de la expropiación de derechos de usufructo acostumbrados, o la alteración violenta de pautas de trabajo y de ocio que para ella eran valiosas. Por consiguiente, la cultura plebeya es rebelde, pero su rebeldía es en defensa de la costumbre.⁷²

A pesar de su concesión, dentro de la órbita marxista, al concepto de «explotación económica», Thompson deja bien claro que la resistencia que surgió en ciertas capas populares a dejarse fagocitar por relaciones puramente mercantiles se debió no tanto a una conciencia de estar siendo explotados desde un punto de vista exclusivamente económico, sino más primordialmente al hecho de experimentar una alteración en las pautas tradicionales y consuetudinarias de acceder a los recursos y al abastecimiento (y también, claro está, en las pautas organizativas del trabajo).

70 Castel 1997: 442.

71 Tilly 1997.

72 Thompson 1995: 22.

Este comportamiento de buena parte de las capas populares en el periodo estudiado por Thompson puede descifrarse a través de lo que él denomina «economía moral». La lógica capitalista se vio retrasada en su implantación debido a las “resistencias conservadoras” (he aquí el presunto oxímoron que enunciábamos hace un momento) expresadas, por ejemplo, en los llamados «motines de subsistencias» en la Inglaterra del siglo XVIII.⁷³ Cuando los precios suben vertiginosamente debido a las inercias mercantiles, entran en juego pautas sociales vertebradas por esa economía moral en la cual el acceso a los abastos deja de funcionar siguiendo las reglas propias del mercado capitalista, para anteponer viejas nociones de «bien comunitario» o inveteradas protecciones consuetudinarias.⁷⁴ Si la escasez de un producto básico para la subsistencia provocaba un aumento desmesurado de los precios, y en respuesta a las terribles consecuencias que tal acontecimiento podría desatar, ese «natural proceso mercantil» quedaba bloqueado o neutralizado por la fuerza de una costumbre que había de mantener los precios habituales, por el bien de la supervivencia comunitaria. Y en tales ocasiones la economía, entendida en sentido substantivo y polanyiano, oponía trabas institucionales a la matriz mercantilizadora; esto es, una institucionalidad preexistente obstruía el libre desenvolvimiento de otra nueva institucionalidad advenida con furia.⁷⁵

Esos movimientos «anti-mercantiles», debemos notarlos, no funcionaban a través de una explícita conciencia política, como ocurriría poco después con el moderno movimiento obrero, dentro ya de un capitalismo industrial más desarrollado. En el interior de estas comunidades del siglo XVIII estudiadas por el historiador británico son las fuerzas de la tradición y la costumbre las que se resistieron con uñas y dientes, pero sin conciencia política nítida, a la integración de sus modos de vida y trabajo en la órbita del sistema de mercado. En algunas ocasiones fueron esas capas populares, a las que Marx y Engels pudieron llamar en alguna ocasión «fuerzas reaccionarias», las que primero resistieron no precisamente en nombre del progreso sino, más bien, oponiéndose a los procesos mercantiles de la modernización industrial.⁷⁶ Porque las aspas del «molino satánico», antes que nada, quebrantaban el tejido tradicional de la «economía moral» de las clases populares.⁷⁷

73 Thompson 1995: 216.

74 Thompson 1995: 286.

75 Maya Ambía 2014: 143-166.

76 Löwy y Sayre 2008.

77 Thompson 1995: 24.

Lo que aquí nos interesa destacar, a tenor del análisis polanyiano, es esa concepción liberal dentro de la cual la *espontaneidad* no se adscribía a las distintas resistencias que se oponían a los procesos mercantilizadores, sino más bien a los propios procesos mercantilizadores:

Toda su filosofía social [la de los liberales económicos] se basa en la idea de que el *laissez-faire* fue un desarrollo natural, mientras que la subsecuente legislación anti-*laissez-faire* fue el resultado de una acción deliberada de quienes se oponían a los principios liberales. En estas dos interpretaciones mutuamente excluyentes del doble movimiento está involucrada ahora la verdad o la falsedad de la posición liberal. [...] Autores liberales como Spencer y Summer, Mises y Lippmann, presentan una explicación del doble movimiento sustancialmente similar al nuestro, pero lo interpretan de manera enteramente diferente. Mientras que en nuestra visión era utópico el concepto de un mercado autorregulado, y su progreso se vio detenido por la autoprotección realista de la sociedad, en la visión de tales autores todo proteccionismo fue un error debido a la impaciencia, la avaricia y la miopía, sin el cual el mercado habría resuelto sus dificultades. Determinar cuál de estas dos visiones es la correcta constituye tal vez el problema más importante de la historia social reciente.⁷⁸

Lo espontáneo, apuntaban los defensores del liberalismo económico y del libremercado, es el desarrollo del mercado autorregulado; mientras que lo «planificado» sería la intervención o interrupción de esas dinámicas. Ésta será una importantísima batalla para Polanyi, como ahora veremos.

Los múltiples problemas sociales (dislocaciones culturales, tremendas agresiones medioambientales, profundas inequidades) generados por la expansión del mecanismo de mercado tenían su origen, desde la óptica liberal, precisamente en esa intervención miope por parte de los «planificadores», pues con su «manía por la injerencia» perturbaban el libre y eficaz funcionamiento de dicho mecanismo.

Es necesario que se disipe por completo el mito liberal de la conspiración colectivista. Esta leyenda sostiene que el proteccionismo fue simplemente el resultado de los siniestros intereses de terratenientes, fabricantes y sindicalistas, quienes en forma egoísta destruyeron la maquinaria automática del mercado.⁷⁹

78 Polanyi 2003: 197.

79 Polanyi 2003: 208.

La estrategia argumental de los doctrinarios del liberalismo económico giraba en torno a la idea nuclear de que los problemas sociales generados por el mercado capitalista se solucionarían con más mercado pues, en efecto, tales problemas se debían, precisamente, a que el dinamismo mercantil no era lo suficientemente libre y extenso; en definitiva, toda la problemática radicaba en que dicho dinamismo había sido traicionado y suplantado por oscuros intereses gremiales o corporativos, cuando no por elementos irracionales abiertamente enemigos de la civilización. Estos doctrinarios entendían que más allá de las fronteras del sistema de libre mercado se hallaba, pura y simplemente, la barbarie.

Desde estas premisas, el liberalismo económico pensaba que entregar una prerrogativa excesiva a la soberanía popular podía degenerar inevitablemente en formas de democracia totalitaria, siempre y cuando dicha soberanía pretendiese legislar sobre la dinámica autónoma de la economía privada. Friedrich von Hayek entendería, en ese sentido, que hay un *continuum* evidente entre un impuesto progresivo sobre la renta y el gulag.⁸⁰ Polanyi nos quería mostrar que asistimos, en esta polémica, nada menos que al problema más crucial y decisivo de la historia social moderna y contemporánea. Y ante semejante encrucijada las interpretaciones del «doble movimiento» se antojaban primordiales en lo que atañe a aquilatar pruebas de carga contra el liberalismo económico. En efecto, Karl Polanyi nos advertía que la perspectiva que debíamos adoptar suponía una inversión radical del relato ofrecido por la apologética liberal, a saber: la economía del *laissez-faire*, que afortunadamente nunca había terminado de implantarse de una manera realmente *total*, era el producto «deliberado» de la acción estatal, mientras que «lo espontáneo» habían sido las distintas reacciones articuladas contra la implantación del *laissez-faire*.

Esto último, por supuesto, subvertía toda la comprensión liberal de la sociedad de mercado, de su genealogía histórica y de sus nefastas consecuencias sociales. Pero Polanyi quería desactivar otro relato, a saber, el ofrecido por lo que él denominaba «marxismo popular»,⁸¹ también denominado «marxismo vulgarizado».⁸² En efecto, dicho relato ofrecería también una burda teoría clasista del desarrollo social, con la que Polanyi no podía comulgar por su limitado alcance explicativo y por su reduccionismo:

80 Hayek 2009.

81 Polanyi 2003: 208.

82 Hobsbawm 1983.

En efecto, los intereses clasistas ofrecen sólo una explicación limitada de los movimientos ocurridos en la sociedad a largo plazo. La suerte de las clases se determina por las necesidades de la sociedad con mucha mayor frecuencia de lo que ocurre cuando la suerte de la sociedad se determina por las necesidades de las clases.⁸³

Polanyi se oponía, naturalmente, a toda explicación de la dinámica social que lindase lo más mínimo con los presupuestos del individualismo metodológico, pero su *holismo* también arremete, como acabamos de ver, contra la explicación puramente clasista del cambio social que habría de cristalizar en el marxismo canónico.⁸⁴ En definitiva, es la «situación total» del orden social la que explica las distintas respuestas dadas por dicho orden ante un cambio que afecta sustancialmente a las condiciones dentro de las cuales él mismo se reproduce. Es cierto, como vemos, que Polanyi coquetea aquí con una suerte de teoría homeostática del equilibrio social. Por ello, los «antagonismos clasistas» y los «intereses de clase» también están sujetos a esa situación total del orden social. En el tema que nos ocupa, Polanyi advierte que las respuestas dadas a la creciente implantación del mecanismo de mercado son una suerte de «reacciones defensivas» que el propio orden social canaliza a través de los distintos grupos que lo componen. Es decir, ese *contra-movimiento* del que venimos hablando debía comprenderse como una respuesta que lo social desplegaba de múltiples formas para protegerse contra la corrosión antropológica y societaria que el mecanismo del mercado estaba provocando en el tejido vital de las comunidades humanas. «Así pues, los meros intereses clasistas no pueden ofrecer una explicación satisfactoria de ningún proceso social a largo plazo».⁸⁵ No es a través de ningún interés sectorial de clase como comprenderemos en toda su envergadura la última *ratio* de ese proceso histórico.

Por lo tanto, debíamos cuidarnos de la errada teoría que postulaba que los «intereses clasistas» de índole puramente económica eran la clave de bóveda de todo ese movimiento defensivo y anti-mercado:

Las clases y los grupos que intervinieron intermitentemente en el movimiento general hacia el proteccionismo, después de 1870, no lo hicieron primordialmente a causa de sus intereses económicos. Las medidas «colectivistas» implantadas en los años críticos revelan que sólo por excepción

83 Polanyi 2003: 209.

84 Kautsky 1975; Bujarin 1974.

85 Polanyi 2003: 210.

estaba involucrado el interés de cualquier clase singular, y que en tal caso podía describirse raras veces ese interés como económico. [...] La gran mayoría de estas intervenciones no tenía ninguna conexión directa con los ingresos. [...] Casi invariablemente estaban involucradas la posición profesional, la seguridad y tranquilidad, la forma de vida de un hombre, la amplitud de su existencia, la estabilidad de su ambiente. No debemos minimizar la importancia monetaria de algunas intervenciones características, tales como los aranceles aduaneros o la compensación de los trabajadores. Pero incluso en estos casos eran inseparables los intereses no monetarios de los intereses monetarios.⁸⁶

Resulta muy revelador este pasaje polanyiano, ya que en él percibimos la índole de su relato crítico de la civilización liberal. En efecto, de la misma manera que no podíamos hacer una lectura de la catástrofe social que supuso la revolución industrial en clave de mera «explotación económica», pues con ello dejaríamos escapar toda la perspectiva de la «desintegración cultural» que semejante proceso supuso, de igual manera, decíamos, podemos observar ahora que el contra-movimiento, experimentado a partir de 1870 en las sociedades modernas avanzadas, para frenar el avance expansivo del automatismo del mercado *no* era un contra-movimiento cuya raíz hubiera de buscarse únicamente en los intereses económicos de clase.

Polanyi, por lo tanto, insiste en pensar que todas esas intervenciones «proteccionistas» que intercedían en la dinámica del libre mercado no eran acciones que pudieran leerse desde una óptica puramente económica. En efecto, aquello que estaba siendo corroído por los procesos crecientes de mercantilización era un *modus vivendi*, esto es, la seguridad existencial y espiritual de las gentes cuyo ambiente social y cultural estaba quedando pulverizado por el automatismo de mercado. Es decir, la índole profunda de ese «contra-movimiento espontáneo» contra el avance del sistema de mercado no era esencialmente monetaria o salarial, al menos no de una forma absoluta y preponderante.⁸⁷ Todos los grupos (dentro de su posición diferencial y, por supuesto, conflictiva en el orden social) respondían de una manera «protectora» contra el avance disolvente del mecanismo mercantil. Lo social y lo comunitario construían diferentes formas de auto-preservación —diques de contención— frente al incremento avasallador y *totalizador* de un aparato tecno-económico

86 Polanyi 2003: 211.

87 Polo Blanco 2015a: 81-121.

institucionalizado en un sistema de mercados autorregulados.⁸⁸ Porque, como bien señalaba Robert Castel, «hay también una *hybris* del mercado, que hace ingobernable a una sociedad totalmente sometida a sus leyes».⁸⁹ Esta *hybris* es contra la que Polanyi se rebeló una y otra vez a lo largo de toda su vida.⁹⁰

Bien es cierto, a pesar de todo lo dicho, que no resulta plausible concluir que Polanyi negara la existencia de todo antagonismo inter-clasista; pero sí observaba que, cuando el desarrollo de la «civilización liberal» estaba a punto de disolver todos los lazos sociales y comunitarios en el fragor de la expansión acelerada del sistema de mercado, no podíamos acudir *sólo* a los meros intereses particulares de clase para explicar ese poliédrico contra-movimiento anti-*sistema de mercado*. Ya en un pequeño trabajo de 1934 corregía y matisaba la importancia central que el marxismo pudiera haberle otorgado a la noción de lucha de clases:

La lucha de clases no es una *realidad* última. La realidad última es el interés de la sociedad en su conjunto. [...] El interés de clase se convierte en una fuerza motriz de la sociedad cuando, en una coyuntura histórica específica, representa los intereses de la sociedad en su conjunto. Una clase social es capaz de liderazgo en tanto y en cuanto sus propios intereses coincidan, en una coyuntura concreta, con los intereses de todos, o si es capaz de adaptar sus intereses a fin de incluir en ellos los intereses de los demás en un grado suficiente.⁹¹

Parecería plausible, no obstante, que esa clase social en cuyo destino particular se cifraba la pervivencia del todo social fuera precisamente la clase trabajadora, toda vez que el nervio más importante de aquella sociedad que empezaba a ser corroída en su misma médula era el trabajo; trabajo humano que estaba siendo sobre-explotado, sí, pero también deshumanizado y desarraigado.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Hemos de tener en cuenta, para concluir, que *no* toda reacción contra el sistema de mercado es, *per se*, una reacción de índole emancipadora. En efec-

88 Polanyi 2003: 212.

89 Castel 1997: 441.

90 Polo Blanco 2013: 261-285.

91 Polanyi 2012b: 239.

to, una «revuelta anti-mercado» puede devenir como repliegue reaccionario y dictatorial en el que la protección social contra las consecuencias nefastas y disgregadoras de una liberalización mercantil descontrolada se traduzca en mayores dosis de sumisión y subyugación. El surgimiento de los fascismos, en ese sentido, constituye un fenómeno paradigmático.⁹² Por lo tanto, no toda reacción contra los procesos de mercantilización conlleva o propicia *necesariamente* un proyecto emancipador, de la misma manera que la mercantilización puede servir, como de hecho sirvió históricamente, como efecto disolvente de múltiples servidumbres sociales. En ese sentido, como señala Nancy Fraser, hay una ambivalencia irreductible en las combinaciones posibles de los tres vectores, a saber, «mercantilización», «protección social» y «emancipación».⁹³ Creemos que Polanyi era consciente de esta triple conjugación histórica, y de los peligros a ella inherente.⁹⁴ Aunque, es cierto, hizo especial hincapié en el desamparo social, la desintegración cultural y el desarraigo espiritual de las gentes comunes sometidas a procesos irrestrictos de mercantilización, y en el subsiguiente contra-movimiento que resistía dichos procesos desde múltiples ángulos.

BIBLIOGRAFÍA

- Block, F. (1991) «Contradictions of Self-Regulating Markets», en *The legacy of Karl Polanyi: Market, State and Society at the End of the Twentieth Century*. Londres: Macmillan.
- Bücher, K. (1893) *Die Entstehung der Volkswirtschaft*. Tubinga: Verlag der H. Laupp'schen Buchhandlung.
- Bujarin, N. (1974) *Teoría del materialismo histórico*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Burling, R. (1976) «Teorías de maximización y el estudio de la antropología económica», en Godelier 1976: 101-123.
- Cangiani, M ; Maucourant, J. (eds.) (2008) *Essais de Karl Polanyi*. París: Seuil.
- Castel, R. (1997) *Las metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- Dale, G. (2010) *Karl Polanyi: The Limits of the Market*. Cambridge: Polity.
- Dalton, G. (1971) *Primitive, Archaic and Modern Economies. Essays of Karl Polanyi*. Boston: Beacon.
- (1976) «Teoría económica y sociedad primitiva», en Godelier 1976: 179-207.

92 Goldfrank 1990.

93 Fraser 2013: 125-139.

94 Polo Blanco 2014b: 133-152.

- Dalton, G.; Bohannan, P. (2008) «Mercados en África», en Moreno Feliú (comp.). *Entre las gracias y el molino satánico. Lecturas de antropología económica*, Madrid: UNED, 261-286.
- De Sainte Croix, G. E. M. (1988) *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*. Barcelona: Crítica.
- Dumont, L. (1999) *Homo aequalis*. Génesis y apogeo de la ideología económica. Madrid: Taurus.
- Elias, N. (1990) *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.
- Finley, M. I. (1978) *La economía de la Antigüedad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Firth, R. (1974) *Temas de antropología económica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fraser, N. (2013) «¿Triple movimiento? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi». *New Left Review* 81: 125-139.
- Godelier, M. (comp.) (1976) *Antropología y economía*. Barcelona: Anagrama.
- (1976a) «Antropología y economía. ¿Es posible la antropología económica?», en Godelier 1976: 279-333.
- Goldfrank, W. L. (1990) «Fascism and “The Great Transformation”», en K. Polanyi-Levitt (ed.), *The Life and Work of Karl Polanyi*. Nueva York / Montreal: Black Rose Books, 87-92.
- González Guardiola, J.; Monserrat Molas, J. (2017) *Mercancía y deuda. Aportaciones de una fenomenología del dinero a la fundamentación de la teoría monetaria*. México: Jitanjáfora.
- Hayek, F. A. (1990) *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo*. Madrid: Unión Editorial.
- (2009) *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza.
- Hobsbawm, E. J. (1983) *Marxismo e historia social*. México: Universidad Autónoma de Puebla.
- Kaplan, D. (1976) «La controversia formalistas-substantivistas de la antropología económica: reflexiones sobre sus amplias implicaciones», en Godelier 1976: 208-232.
- Kautsky, K. (1975) *Ética y concepción materialista de la historia*. Córdoba, Argentina: Pasado y Presente.
- Kirzner, I. M. (1998) *Competencia y empresarialidad*. Madrid: Unión Editorial.
- Kopytoff, I. (1991) «La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso», en A. Appadurai (ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo, 89-122.
- Kuhn, T. S. (1977) *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lahera Sánchez, A. (1999) «La crítica de la economía de mercado en Karl Polanyi: el análisis institucional como pensamiento para la acción». *Reis* 86: 27-54.

- Löwy, M.; Sayre, R. (2008) *Rebelión y melancolía. El romanticismo como contracorriente de la modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Maertens, E. (2008) «Polanyi's Double Movement: a Critical Reappraisal», *Social Thought and Research* 29: 129-153.
- Marzoa, F. (1983) *La filosofía de "El capital" de Marx*. Madrid: Taurus.
- Maucourant, J. (2006) *Descubrir a Polanyi*. Barcelona: Bellaterra.
- Mauss, M. (1991) *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.
- Maya Ambía, C. J. (2014) «Actualidad de la crítica de Karl Polanyi a la sociedad de mercados». *Política y Cultura* 41: 143-166.
- Menger, C. (2006) *El método de las ciencias sociales*. Madrid: Unión editorial.
- Meyer, E. (1983) *El historiador y la historia antigua*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Mises, L. (1974) *Teoría e historia*. Madrid: Unión Editorial.
- (1986) *La acción humana. Tratado de economía*. Madrid: Unión Editorial.
- Pearson, H. W. (1976) «La economía sin excedente: crítica de una teoría del desarrollo», en Polanyi 1976: 367-387.
- Polanyi, K. (1976) *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona: Labor.
- (1976a) «Intercambio sin mercado en tiempos de Hammurabi», en Polanyi 1976: 61-75.
- (1976b) «Aristóteles descubre la economía», en Polanyi 1976: 111-141.
- et al. (1976c) «El lugar de la economía en la sociedad», en Polanyi 1976: 285-288.
- (1976d) «La economía como actividad institucionalizada», en Polanyi 1976: 289-316.
- (1994) *El sustento del hombre*. Barcelona: Mondadori.
- (2003) *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2008a) «Les ports de commerce dans les sociétés anciennes», en Cangiani y Maucourant 2008 : 139-155.
- (2008b) «Le commerce sans marché au temps d'Hammourabi», en Cangiani y Maucourant 2008 : 157-169.
- (2012) *Textos escogidos*. Buenos Aires: Clacso / Universidad Nacional de General Sarmiento.
- (2012a) «Semántica de los usos de la moneda», en Polanyi 2012: 171-194.
- (2012b) «El marxismo redefinido», en Polanyi 2012: 235-240.
- Polo Blanco, J. (2013) «Karl Polanyi y la *hybris* economicista de la Modernidad», *Logos. Anales del Seminario de Metafísica* 46: 261-285.
- (2014a) «Los mitos del interés propio universal y la razón eternamente calculadora», *Factórum. Revista de Filosofía* 12: 47-62.

- (2014b) «Capitalismo, fascismo y democracia en la obra de Karl Polanyi. Una encrucijada todavía viva». *Encrucijadas. Revista crítica de ciencias sociales* 7: 133-152.
- (2015a) «También explotación, pero no sólo. Un diálogo imprescindible y polémico entre Marx y Karl Polanyi». *Tópicos. Revista de Filosofía* 49: 81-121.
- (2015b) *La economía tiránica. Sociedad mercantilizada, dictadura financiera y soberanía popular*. Madrid: Carpe Noctem.
- Prieto, C. (1996) «Karl Polanyi: crítica del mercado, crítica de la economía». *Política y Sociedad* 21: 23-34.
- Rendueles, C. (2009) «Karl Polanyi contra el milenarismo liberal», en Karl Polanyi. *El sustento del hombre*. Madrid: Capitán Swing, 11-30.
- (2014) «Karl Polanyi. Más allá de la mentalidad de mercado», en Karl Polanyi. *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*. Madrid: Capitán Swing, 7-22.
- Rodbertus, J. K. (1899) «Economic Life in Classical Antiquity», en *Schriften*. Berlín: Puttkammer & Mühlbrecht.
- Rosanvallon, P. (2006) *El capitalismo utópico*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rostovtzeff, M. (1967) *Historia social y económica del mundo helenístico*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Sahlins, M. (1977) *Economía de la edad de piedra*. Madrid: Akal.
- Thompson, E. P. (1995) *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- Tilly, C. (1997) *El siglo rebelde, 1830-1930*. Zaragoza: Prensas Universitarias.